

LOS GITANOS

1

A la busca de sus señas de identidad

«¡Oh, pena de los gitanos!
Pena limpia y siempre sola».
(«Romancero gitano», F. García Lorca.)

LA miopía de nuestra mirada no nos permite llegar más allá. Gitano es la silueta de una mujer cetrina vendiendo flores a la puerta de un mercado; el carrillo del chatarrero tirado por una mula, con su aire sentimental y «neorrealista»; los brazos de Pastora Imperio torneándose inefable y eternamente en el escenario de los tablados; un lance a la verónica mecido por las desmayadas manos de Cagancho; unos versos de Federico García Lorca; la voz de Manolo Caracol, escuchada en el transistor de un coche a la salida del trabajo; una novela de Cervantes... Imágenes, retazos de una realidad, apariciones carentes de significado y, por tanto, exóticas; la realidad vista con los ojos del dios de la apariencia.

Quizá porque nuestra manera de mirar es así, cause extrañeza saber que hay en España más de 50 comunidades gitanas, repartidas entre 36 ciudades, con una población total que excede el cuarto de millón de personas. El dato es importante y no sólo cuantitativamente. Porque se trata de doscientas cincuenta mil personas con una problemática, un universo, una encrucijada histórica que nada tienen que ver con el resto de los españoles.

Empujados por las marcas migratorias que conmovieron el campo en el umbral de los años cincuenta, el gitano, como el campesino pobre, se acercó a las puertas de la ciudad. La muerte del caballo y el triunfo del tractor, la modernización incipiente de la ganadería, el surgimiento del plástico, la agresividad de las grandes distribuidoras de productos y sus consiguientes divisiones de viajeros, mataron las profesiones seculares del gitano. Ni la trata de ganado, la cacharrería, la cestería o las telas, tuvieron sitio en la nueva época. Los suburbios se vieron poblados de rostros aceitonados y de distantes y misteriosas mujeres. El gitano, con su proverbial sentido de la orientación, encontró ocupaciones que prolongaron su supervivencia, sin que ello afectase a la estructuración del «clan», a la cohesión del grupo. La busca (en los vertederos urbanos), la chatarra (y su comercio), la venta de flores (actividad femenina), la compraventa (en los rastros), fueron y son profesión coyuntural para el común de los gitanos, y el comercio de objetos de arte —profesión aristocrática, paralela a la trata de ganado, al toreo o la monta,

propias del gitano bravo— que ocupa a la crema de los calés, mantienen la independencia económica —frente al payo— de la familia gitana, su no alineación en los carriles cotidianos de la vida que es común al resto de los hombres, una contradictoria pero indudable libertad, basada en la marginación, el hambre y la fatalidad.

Sin embargo, la precariedad del nuevo «status» adquirido advierte al gitano su sino transitorio. La busca es una actividad semiclandestina que vive azarosamente en los vertederos de la ciudad; las flores, un comercio sólo tolerado; la chatarra depende de que el Ayuntamiento no prohíba la tracción animal por el casco urbano; la compraventa y las antigüedades son ocupaciones minoritarias. ¿Cuánto tiempo durará el gitano en su marginación, con su independencia? ¿Qué pasará cuando se integre en forma de asalariado en las industrias del payo?

¿Qué quedará del «ser gitano» al quebrarse el trabajo familiar? ¿Preferirá la libertad en la marginación y la pobreza, o integrarse como un trabajador explotado?... El gitano sabe que dejará de serlo cuando para él, el trabajo sea un fin, no un medio, por lo demás nada respetable.

Pero unos hermosos conceptos —con ecos muy tecnocráticos, por cierto—, integración económica y promoción cultural aparecen como la trampa que nuestra sociedad tiende al gitano. Bajo el carisma redentor de ambas metas se agazapa la oscura realidad. Si el gitano es lo que su personalidad le posibilita frente a sus hermanos de raza, pues la profesión —siempre transitoria, siempre precaria— no define al gitano; si el trabajo de una familia en la busca —es un ejemplo— proporciona más ganancias que el jornal de un obrero en la construcción, la mirada del gitano ha de tornarse esquivo al advertir

las llamadas de integración que le propone una sociedad que valora al hombre a través del barmó de su productividad. Por otra parte, no puede ver claro cómo sus recursos culturales de marginada casta campesina plantarían cara ante la especialización técnica y la infraestructura cultural que exige la civilización industrial. Es más, la puesta a punto que necesitaría la colectividad gitana malamente puede producirse. Su secular infortunio con burócratas y leguleyos termina jugándose siempre malas pasadas. En la actualidad su evidente, a veces trágica marginación, no cuenta con una sola peseta presupuestada por la Administración. Esta curiosa realidad arranca de la falacia legal que alumbró la célebre, cruel y bien intencionada Pragmática dictada por Carlos III, el 19 de septiembre de 1783. Desde aquel día los gitanos dejaron de existir, por Real Decreto. A partir de entonces fueron iguales ante



Hijos del viento, gente del camino. La civilización industrial parece que detendrá su eterna odisea. Posiblemente la pobreza y la marginación en la libertad serán sustituidas por la integración y la explotación. Su destino es el último escalafón del proletariado.



En la fiesta gitana, ese paréntesis que se abre a la cotidianeidad, no es una evasión de lo real, sino su consumación o sublimación. La fiesta, como el rito, rompe la identidad individual de los participantes, fundiéndoles en un todo que tiene el calor de un brazo colectivo.

la ley y tuvieron los mismos derechos que los otros españoles, se les prohibió hablar su lengua, vestir sus trajes y se negó que su origen no fuese otro que castellano. No es extraño, por tanto, que el III Plan de Desarrollo, redactado con la intención de promover y desarrollar a todos los españoles apenas les tenga en cuenta (1), hecho lógico, pues resultaría grotesco el presupuesto de un sólo céntimo para una gente que no existe desde hace ciento noventa y un años.

Evidentemente todo hace pensar que desde antiguo el legislador

(1) Los gitanos tienen la posibilidad de acogerse al capítulo, que trata de individuos marginales. Es decir, sobre alcohólicos, subnormales, ex presidiarios. En muy contadas ocasiones, o precariamente, a través de la Dirección General de Política Interior, o de algunas instituciones locales los gitanos han conseguido acceso a una pequeña ayuda económica.

plantó los cimientos de este reino de la apariencia, intolerante con la diversidad, esclavo de lo uniforme, activo en el trabajo que exige a sus guardianes y en la ignorancia que reparte entre sus súbditos. Sólo así puede explicarse que lo gitano, su singularidad étnica y cultural, su interés antropológico sean desconocidos por una sociedad que lleva cinco siglos de tenaz represión, único modo de acercamiento que se le ha ocurrido arbitrar. Las armas que hoy utiliza son distintas, pero idénticos los resultados perseguidos. Ya la expulsión que tajantemente dictó el Fuero de Monzón, firmado por Fernando el Católico, se inspiraba en la aversión producida por «el otro», el que es distinto, el heterodoxo, el pagano. Un universo cultural que no toleraba lo diferente buscó la tutela eclesial para dotar de contenido moral a la creación del

Imperio y encontró en la Inquisición el instrumento flagelador que defendía a los cristianos y sedentarios pobladores de Europa de la subrepticia aparición de los gitanos.

De entonces a hoy, el mito de Caín y Abel sigue en pie. Bajo la fraternidad universal de todos los hombres, concepción explícitamente asumida por el cristiano, se agazapa el mito subconsciente, defensivo, de los hijos de Eva... y Caín siempre es «el otro», el pagano para nuestros cristianos antepasados; el subdesarrollado para el ciudadano de la civilización industrial.

Ya no son las armas, ni la clandestinidad en los campos, ni la ley real que los convierte en castellanos por generación espontánea; son las estructuras que, en forma de ley económica, impiden a los gitanos ser lo que siempre han sido: gitanos. El grupo —es

decir, la convivencia familiar bajo el mismo techo de tres generaciones distintas—, la cohesión del «clan», la libertad económica entendida como la no dependencia del extraño, la virginidad femenina, la fidelidad masculina, el anti-constitucionalismo del poder —la autoridad del «Tío», juez y consejero de la tribu, voluntariamente aceptada, no hereditaria—, etcétera, son valores que se desploman cuando la ley económica del payo se entromete inexorablemente en la vida gitana.

Y en estos momentos, cuando ha detenido su odisea sin haber llegado a Itaca y el camino no promete ya un destino, el gitano se pregunta, forzado por el imparable envite de la sociedad industrial, si ha terminado el viaje. Y al hacerse esta pregunta se interroga a sí mismo sobre sí mismo.

La formación de la persona gitana

Puesto que todo el mundo es payo, excepto los gitanos, gitano es el que no es payo. Antes de explicar por qué es cierta esta afirmación de Perogrullo, que identifica al gitano por oposición, por lo que es propio de su contrario —el payo—, preferiría extenderme sobre lo que define al gitano por sí mismo, sin recurrir a la dialéctica payo-gitano. En contra de lo que se cree, los condicionamientos sociales derivados del nomadeo, configuradores de la estructura social de la tribu gitana, el uso clandestino de su lengua, el tabú de la virginidad, la estricta fidelidad masculina, el culto a los muertos, no son particularidades estrictamente gitanas. Otras colectividades nómadas, como los Tinkers irlandeses, los Yenitchs alemanes, los Quinquis españoles, presentan parecidas instituciones y costumbres, producto de una condición secularmente similar a la de los gitanos. A falta de un estudio antropológico serio sobre las



El «Tío», institución política de la tribu, basa su liderazgo en el consenso de los gitanos. Su función es, fundamentalmente, consultiva, su autoridad no es hereditaria y puede cesar por decisión colectiva.

LOS GITANOS

poblaciones nómadas europeas, debemos considerar al gitano como un ser tejido por la vida nómada. Este factor resulta tan importante como la singularidad de sus orígenes indostánicos. Tan decisivo es que el Romaní sea una lengua de origen sánscrito como que se use clandestinamente. En efecto, todos los pueblos nómadas de Europa practican, en mayor o menor grado, un lenguaje marginal, en justa correspondencia con su vida marginada. Los residuales grupos tinkers se comunican en antiguo irlandés, los yentchs manejan un alemán arcaico, mezclado con vocablos procedentes de otras jergas y del romaní. Y algo similar sucede con los quinkis, propietarios de una jerga derivada de un deteriorado Caló y del argot de las cárceles, que aún fue dado estudiar a Rafael Salillas a finales del XIX.

El Romaní —y su dialecto Caló— es una lengua de defensa que, ante la imposibilidad de servir como vehículo de intercambio con las poblaciones sedentarias, significa el empecinamiento por mantener una identidad siempre amenazada de demolición. Es revelador que la lengua gitana comience a languidecer cuando la tenaz represión que Europa infligió a los gitanos desde el siglo XV. La tolerancia observada en el XIX, el estudio del Romaní y el Caló por investigadores payos, marca la curva de este descenso. En España, el Caló —como el Romaní en Europa—, contemporáneo del Hindi, el Guzratí, el Cachemirí, lenguas modernas de la India —Bloch, Minorsky— se desmorona a partir de la edición Caló del Evangelio según San Mateo y del célebre diccionario de Borrov. En este sentido resulta muy significativa la anécdota que cuenta Carlos Clavería en su interesante ensayo «Algunos gitanismos españoles». Preguntaba a un viejo bailar gitano sobre diferentes términos calés y éste le respondió que «ya no se preñansian» las palabras calés incorporadas al castellano, como dicar, achares, parné, etcétera.

Indagar los «porqués» del devenir gitano habría hecho las delicias del señor Toynbee. En efecto, la lingüística y los parcos, pero existentes testimonios de los históricos pueblos payos que se vieron visitados por los gitanos, demuestran que los orígenes son hindúes, aunque su estructura social bien puede haberse conformado por la fricción constante —factor externo— con los pueblos europeos. Por ejemplo, el sistema de parentesco, la familia, la organización del clan, ¿son herencia de su ancestral vida oriental o se han conformado como respuesta al reto que para ellos supone Europa? O bien, ¿dicho reto fue el que reafirmó e inmovilizó —por reacción defensiva— un orden social que anteriormente había sido de otra manera?

La estructura patrilineal del clan, columna vertebral de las diferentes familias que lo constituyen, hacen del individuo una

entidad sin sentido, desprovista de significado cuando se le aísla del grupo. En este sentido la concepción de persona —si damos por válida la clasificación que hizo de ella en las diferentes civilizaciones Marcel Mauss— se acerca más a una concepción oriental del Ser, que entiende al hombre como parte de un todo, como entidad reconciliada con la Naturaleza, en diametral oposición a la idea de hombre que se basta a sí mismo, que enjuicia y reta a su entorno cósmico, clave definidora del hombre occidental, cuyo origen debemos buscar en el cristianismo, sobre todo en la filosofía griega y, finalmente, en la reivindicación del yo iniciada por la filosofía burguesa que surge con Descartes.

En base a esto deberían estudiar los juristas las causas de la

en Europa. La represión, una hostilidad universal procedente de la compacta repulsa que advierten en los payos, así como la inhospitalidad de la tierra, que es propiedad de los otros, fortalecen la estructura defensiva de la tribu. Bajo este signo resulta fácil entender el tabú de la virginidad como mito defensivo, garantía de la continuidad de la raza, o que la infidelidad masculina merezca igual castigo que el adulterio de la mujer. Para un pueblo que, de hecho, es originalmente ilegítimo, un ser supremo está por encima del hombre, el grupo. Es, por tanto, plausible que todo el sentido trascendente del gitano se limite al culto de los muertos, lo que, en definitiva, significa un culto sobrenatural que el grupo se da a sí mismo. Faltos del arraigo pro-



La condición de la mujer en la tribu gitana no es tema de este trabajo. Como en toda estructura patrilineal, su estado resulta paradójico: es la diosa y la esclava de la tribu. Objeto de intercambio en las transacciones maritales, guarda en su vientre, jamás regalado al payo, la continuidad del pueblo gitano. Cuando la endogamia llegue a su fin por contagio cultural con el mundo del payo, la mujer gitana se liberará de su atroz sometimiento y el pueblo gitano deberá buscar la prolongación de su especie más en el ámbito de las ideas que en los valores de la raza.

«reyerta gitana», conflicto colectivo entre dos clanes que sólo pueden entenderse cuando sabemos que un litigio entre dos individuos de distinta familia es algo que afecta no sólo a los protagonistas, sino a los dos clanes a que pertenecen. Este comportamiento nacido de la solidaridad de grupo, de un ancestral y colectivo instinto de defensa, tiene su raíz probable en el gran caldero de castas en perpetua fricción que es la India, pero se histeriza por el constante estado de alerta colectivo que es la vida del gitano

precursor de una cosmogonía propia —en el camino las ideas pasan, los hombres permanecen—, los gitanos rozan el misterio a fuerza de vivir desviándose, de convivir con la inseguridad como casa, pendientes de la próxima emboscada del azar. Por eso son buenos amigos de la magia y de la superstición, métodos salvajes —y consoladores— de conjurar al destino. Hay una ley gitana que nos reafirma el profundo nexo que hay entre individuo y grupo; el adulterio y el robo, castigados con la expulsión del clan. Fuera

del grupo, desprovisto de la identidad que éste le confiere, el gitano expulsado no encontrará su sitio, ni a sí mismo. Desligado de sus raíces, la expulsión es más que el exilio. Significa la muerte metafísica del individuo, por mucho que su vida real se mantenga en pie.

La fragua y la música en los orígenes del gitano

Los gitanos, pueblo al que se le puede denominar como el de los mil y un nombres, todos los que adquirió en su diáspora desde las riberas del Indo a las orillas del Atlántico, y el de Gitano —que colectivamente han aceptado no hace mucho—, también se han llamado a sí mismos de diversas maneras, y todas ellas han tenido que ver con la forja y con la música. En Europa se llamaron Rom (2); en Armenia, Lom; en Rusia, Romn; en Persia, Dom o Dum. Todos tienen un mismo significado: Hombre, nominación extraña, pues no vincula el individuo a ningún particularismo de origen, ni de creencia y no ciñe la identidad más que al hecho de pertenecer a la especie humana. En el País de Gales este nombre subsiste con el sentido de Mari —marido—, sustitutivo evidente del arcaico nombre de «hombres», mientras que en Alemania se llaman Manus, palabra que deriva del nombre sánscrito de hombre.

Es significativo comprobar que los trabajadores gitanos de la forja, en Gales y en Rumania, utilizan para su trabajo un soplillo doble —absolutamente desconocido por los fundidores europeos— al igual que una pequeña tribu de Doms detectada hace algunos años —Bloch— al Norte de Cachemira, en el Kara-Koram occidental, dentro de los Estados de Hunza y Nagar. Este grupúsculo Dom vive de la agricultura y de la forja. Durante el invierno viajan vendiendo el producto de su trabajo. También poseen una rara cualidad musical que les sirve de complemento económico. Interpretan al son de la flauta y del tambor.

En una zona diferente, en Chota-Nagpur, en la región Norte-occidental de la planicie central de la India, cerca de Jashupur, el indianista Rubén estudió una tri-

(2) El nombre de Rom designa a los gitanos de la Europa Oriental, pero su uso es aceptado por todos los gitanos europeos. En Francia se llaman Manouches (Manus), desde hace tiempo. Sintió son los gitanos de parte de Francia, España, Alemania, Piamonte, Portugal. También hay grandes grupos que toman el nombre de la profesión que caracteriza a sus clanes: Kalderachs —caldereros—, Lovara —tratantes de caballos—, Tchourara —fabricantes de tamices—, Ursari —domadores de osos—, Aurari —cesteros—. Los payos también les han bautizado con distintos nombres: Romanichel, Bohemios, en Francia; Romanichello, en Italia; Gipsy, en Inglaterra; Ziganos, en casi toda Europa; Calós, en España; Calao, en Portugal; Griegos, en Cataluña; Negros en Alemania; Tártaros, en Rumania; Mustalainen, en Finlandia; Harani, Bokharani, Ghagar, en los Países árabes; Kurbat, Duman, Nawar, Zott, Luris, Halebi, Bocha, en Asia Occidental.



La forja es una constante gitana a través de los siglos y los países. En los primeros tiempos su trabajo estaba relacionado con la magia. La sabiduría y la técnica que transforma los metales fueron la alquimia original, cuyos gestos aún repliten los forjadores gitanos. Triana conoce la magia de los Cagancho, geniales maestros del martinete, la forja y el toreo.

bu primitiva que lleva un nombre muy antiguo de la mitología sánscrita, los Asurs. Viven en una región minera que fue muy próspera antes de la dominación inglesa. Forman la tribu pequeños fundidores que no pudieron resistir la competencia del grupo metalúrgico Jamshedpur, importador de la tecnología occidental que liquidó la manera india de trabajar el hierro. Estas gentes aún usan el doble soplillo y, sin duda, son la huella lánguida de aquellos forjadores que obsequiaron a Alejandro el Grande, por orden de Porus, príncipe de Panjab, según relata Plinio. Pero estos datos resultan más apreciables porque es en Modom, hoy Methoni, ciudad situada en el litoral Sur-Occidental de Grecia, donde varios caballeros cristianos camino de Tierra Santa, testimoniaron el uso del doble soplillo por unas extrañas huestes, de aspecto oriental acampadas en la falda del monte Gype, y a las que creyeron penitentes llegados de lejanos confines. Hoy ya sabemos que se trataba del pequeño paraíso perdido, que dio el nombre de gitano a los gitanos —como veremos más adelante—, lugar del que salieron empujados por la amenazante expansión del Imperio turco.

El nombre de Dom, vinculado también estrechamente a la música, aparece en un tratado de astronomía del siglo VI, asociado a la palabra Gandharva, que quiere decir músico. Y para completar los puntales míticos que animan la raza gitana, la Gran Crónica de Cachemira, de Kalhana, redactada en el siglo XII asocia el nombre de Dom al de Candála, que quiere decir intocable, paria. Dato que contradice Jan Kochanowski, gitano polaco que después de investigar varias tribus del Estado de Delhi, y basándose en similitudes culturales, como la música, el parentesco, e incluso hasta en el reparto de los grupos sanguíneos, hace descender a los gitanos de una aristocrática y militar casta de Delhi. De cualquier forma, la tríada Casta —y marginación obvia—, Arte —música

y danza—, Hierro —el trabajo de los metales se asociaba primitivamente a la magia— traza el perfil original de los gitanos, algo que enorgullecería al linaje de los Cagancho, trabajadores de la forja aún durante este siglo en Triana, sublimes intérpretes del toreo con duende, extraordinarios maestros del martinete —cante fraguero—.

Aurel Stein, primer editor inglés de Kalhana y fascinado explorador de la India, se encontró con los Dúm en Cachemira, donde otras castas se niegan a casarse con ellos y los emplean como guardianes y en otras ocupaciones menores. Sin embargo, su impresión era que se trataba de gente más sutil y avivada que las castas superiores. Y para completar la noticia oriental que se tiene de los Dom, Jules Bloch señala que algunas partidas pululan por los caminos, al Este del Himalaya. Se dedican a la cestería, al comercio ambulante (la trata), y también son ladrones. Parece ser que hablan una especie de dialecto indostánico, mezclado con un argot de lejano parentesco con el romaní.

Para comprobar que la música es una constante gitana, podemos acudir al testimonio histórico. Hamza de Ispahan, en su Historia de los Reyes de Persia, redactada a mediados del siglo X, da la primera prueba escrita del éxodo gitano y su llegada al Irán. Cuenta el historiador árabe que durante el reinado de Bahram Gur, el pueblo era feliz gracias a la generosidad del Rey. Este quiso que la población trabajara solo una parte del día, y que la otra se dedicara a las fiestas, a beber, a saborear las dichas del placer. Cuando comprobó que no disponía de músicos suficientes para repartir entre las ciudades de su reino, escribió al Rey de la India, pidiéndole que enviara diez mil zott (nombre que Minorsky y Bloch identifican con los Dom). Años más tarde, el célebre poeta Firdusi, en el Libro de los Reyes, cuenta una historia similar, salvo que llama a los hombres venidos

de la India Luris, nombre que se dio en algunas partes de Oriente a los gitanos. Esta historia ya no es sólo un testimonio del quehacer musical de los gitanos. Inicia una explicación mítica del nómada gitano. Vaux de Foletier, de quien recojo esta información, expone así el final de la leyenda escrita por Firdusi: «... Escribió (el Rey) una carta a cada Mobed, con el fin de mejorar la situación de todos los pobres, y les preguntaba: Decidme en cada lugar quién puede vivir sin fatiga y quién está provisto o desprovisto de riquezas. Recibió de cada Mobed esta respuesta: "Vemos próspero al mundo entero, y en todas partes se elevan bendiciones continuas, a excepción de los pobres que se quejan del Rey y de su infortunio, porque los ricos beben vino, con la cabeza coronada de flores y al son de la música, y no cuentan para nada los hombres como nosotros, los pobres, que bebemos sin música y sin flores...". El Rey rió mucho con estas cartas. Después puso en ruta un rápido dromedario, con un mensajero que decía: "¡Oh!, Rey salvador, escoged diez mil luris, hombres y mujeres, expertos en tocar el laúd". Cuando los luris llegaron, el Rey mismo les acogió. Dio a cada uno un buey y un asno, pues quería hacer de ellos agricultores; hizo que sus administradores les dieran mil cargas de asno de trigo, pues debían emplearlo como semilla y producir cosechas, interpretar música para los pobres ofreciéndoles este servicio gratuitamente. Los luris partieron, comieron los bueyes y el trigo, y se presentaron al cabo de un año con la tez demacrada. El Rey les dijo: "No debierais haber disipado las semillas, el trigo en ciernes y la cosecha. Ahora os quedan vuestros asnos. Cargadlos con vuestros equipajes, preparad vuestros instrumentos musicales y ponedles cuerdas de seda". Todavía hoy, los luris, siguiendo las palabras justas del Rey, vagan por el mundo, buscándose la vida, compañeros de ruta de los perros y de los lobos, siem-

pre en el camino para robar en el día y en la noche».

Este comentario final nos da la pista del legendario origen de la música gitana como actividad inseparable del viaje. Se trata de una música distinta, que nada tiene que ver con la evolución musical europea, aunque se asemeje a lo que debió ser la primitiva música de Dionisos, y se integre asombrosamente en la música que, incorporada a la fiesta, se observa en casi todo el folklore español. Sus concomitancias con la música hindú me parecen innegables. La película «El salón de música», del realizador hindú S. Ray, que trata de la pugna dialéctica entre el tiempo de la música y el tiempo de la Historia, nos sumerge en el espacio sagrado del salón, donde la música tiende su red, nos aísla, nos extrae del tiempo real para llevarnos a las regiones del éxtasis, al tiempo de la vida extasiada, que es la negación de la Historia. Frente a las fiestas gitanas del flamenco, que son una prolongación sublimada de la vida cotidiana, la fiesta musical hindú difiere porque la música lo ocupa todo, se constituye en cúpula cósmica del oyente y se ignora el silencio. La acción musical se convierte en un dilatadísimo presente, y destruido el tiempo, la fusión entre actor y oyente es el Incesable, intemporal sonido que les une. Mecidos por el mismo narcótico auditivo se salen fuera de sí, extasiados por la dulce melopea musical.

En el arte flamenco de los gitanos, el silencio, la medida, el compás convierten la música en un acto dramático, donde se accede intermitentemente al éxtasis, porque la música va como andando por el camino, busca, y la redención, la solidaridad colectiva, nace del hallazgo del intérprete y de la complicidad de los oyentes. Es, pues, un lenguaje musical con preguntas y respuestas, y esta intercomunicación entre intérpretes y oyentes es lo que transforma el concierto en fiesta. Hay, por tanto, un inicial contacto entre la música de los gitanos —que practicamos en España— y la música hindú, que se produce en fiestas, no en conciertos.

El arte flamenco (3) nos explica muchas cosas del ser y existir de los gitanos. Marginados de las castas sedentarias, porque los gremios —al menos en España— no toleraron su concurso competitivo, al tiempo que su herética faz provocó las iras de la Iglesia y el Estado, la música fue el único arte de los gitanos, un lenguaje temporal, que se esfuma sin dejar huella. Perseguidos desde el principio, cualquier incursión en otras formas artísticas habría sido una tentación hacia lo sedentario, una huella delatora, una peligrosa

(3) Las interrelaciones entre lo andaluz y lo gitano hacen difícil pronunciarse sobre la paternidad del flamenco. Uno se pregunta si se han gitaniado los andaluces o andaluzado los gitanos... Se dan casos paradójicos, Antonio Mairena canta con el academicismo que se atribuye al payo, y Pepe el de la Matrona con el pelizco y el duende propio del gitano. El flamenco se inserta mejor en la concepción andaluza de la fiesta, que en las costumbres de los gitanos europeos.

Cuatro motivos para que nuestras acciones coticen todos los días en bolsa.

Una camisa blanca. Un vaso de agua. Unos fósforos. Un periódico.

Cuatro elementos simples y cotidianos que, sin embargo, necesitan de un imponente respaldo técnico industrial para poder concretarse.

Sí. Es el respaldo que les da ARAGONESAS. Clorito Sódico para una camisa. Cloro para purificar aguas. Clorato Potásico para los fósforos. Cloro, Sosa Cáustica y Clorato Sódico para blanqueo de papel.

Estos ejemplos (pero hay muchos más) son cuatro evidencias tangibles del triunfo de ARAGONESAS.

Un triunfo que se logró con un capital de 3.500 millones de pesetas.

Con ocho centrales hidroeléctricas capaces de generar 700 millones de Kwh. al año.



Con el trabajo de cuatro plantas industriales situadas en los núcleos principales de la química española.

Con la tarea de 1.150 personas capacitadas para dar lo mejor.

ARAGONESAS cumple así el objetivo que se

fijara desde su fundación (en 1918): Ayudar, de una manera clara y positiva al desarrollo español.

Hoy es una de las claves para que ese desarrollo sea posible.

¿Comprende ahora por qué nuestras acciones cotizan en Bolsa todos los días?

Porque ARAGONESAS eligió el camino de las grandes obras.

Energía e Industrias Aragonésas, S.A.



ARAGONESAS

LOS GITANOS

aventura en el universo del payo. Por eso, este medio de expresión, que aglutina toda la creatividad del gitano, es buen terreno para indagar la concepción que tiene del mundo.

La fiesta, marco donde sucede la música y el baile, está desprovista de cualquier estructura ideológica. No es un ritual mítico, tampoco una ceremonia. Tan lejos se halla de la religión, como del espectáculo teatral. En la fiesta, cada participante es quien es, porque no hay argumento, ni actores. Los participantes de la fiesta no abandonan su identidad cotidiana. Con las palmas, el rasguo de la guitarra, el cante, todos se inician, imperceptiblemente, en un «éxtasis dinámico», y en comunidad —en comunión— recuerdan la pena, cantan a la felicidad, se tropiezan con la guasa o se lamentan. Nunca la fiesta describe lo que el hombre es, sino lo que le pasa. Lo contrario transformaría la fiesta en acto ideológico y convertiría su estructura abierta —en la fiesta no hay ritual— en un rito más o menos sacro. Frente a todo desarrollo abstracto, la fiesta es un acto existencial (4).

Por eso, la pena del cantaor o el dramatismo de la bailaora, no son valores representados, sino emociones comunes, colectivamente entendidas y trascendidas en emoción estética. El arte musical que se produce en estas fiestas es incluso más primitivo que el lenguaje de los mitos, cuyo ritual siempre es una simbología

(4) Un buen catador del cante se desazona cuando éste se convierte en espectáculo. «Quejío», espectáculo ideológicamente bienintencionado, es la mejor muestra de cómo una superestructura cultural mata la comunicación del cante, para convertirse en alegato culto y «progre», de acentos muy «polacos» y soporíferos, como diría un flamenco de ley. Un cantaor en un colegio universitario, escena frecuente en la actualidad, es algo más triste que un camello en el Polo.

que explica un pensamiento, que se revive como tiempo recuperado, reencarnado. En la fiesta, ese paréntesis que se abre a la cotidianidad no es una evasión de lo real, sino su consumación o sublimación. También la fiesta —como el rito— rompe la identidad individual de los participantes, fundiéndoles en un todo que tiene el calor de un abrazo colectivo. Es como si una tensión subterránea y solidaria de la especie, del hombre, les conectara a través de algo más fuerte que la razón.

Las fiestas son, evidentemente, montajes privativos del hombre rural, así como los espectáculos pertenecen al hombre civilizado de la ciudad industrial. Las ferias anuales, las romerías, los toros, las procesiones son pretextos varios para dar lugar a las fiestas, herencias inapreciables (sólo explicables por el tibetanismo histórico del campo español, por la tardía revolución industrial), brotes fascinantes del hombre en estado de naturaleza, en estos momentos en que nuestra incapacidad para la fiesta empieza a ser total. De todas las fiestas, la más desnuda, «la más esencialmente fiesta», es la flamenca, precisamente por su origen y desarrollo marginal. Ajena a toda reminiscencia de carnaval, travestí imprescindible de todas las fiestas rurales de los payos, en las que el participante dimite de su identidad real, del inevitable y pesado juego cotidiano de las máscaras; la fiesta gitana no niega la vida real, aunque reniegue en ella de su destino. La afirmación hecha por el verso de Fernando Quiñones de «el cante no se entiende, se vive», es la observación más adecuada para definir la música de un pueblo que no entiende el arte como representación.

Creo que todo esto conecta con las diferentes observaciones que, sobre la sociedad gitana, ha hecho Francesc Botey en su sagaz aproximación antropológica al hecho gitano. Como líneas más oportu-



Los hombres del camino —los nómadas— en todas las épocas, en cualquier latitud, han sido incapaces de crear una cosmogonía propia. Adoptan, casi adaptan las creencias de los sedentarios que más habitualmente encuentran a su paso. Por eso, la indudable religiosidad de los gitanos no comprende la asimilación total de un dogma. No es casual que la religión les resulte, en el fondo, como algo ajeno. Por eso, el culto a los muertos es su acto de mayor intensidad comunicadora con el misterio, el más allá. El culto a los muertos es el homenaje trascendente que el clan se da a sí mismo.

nas para subrayar lo que dije antes, extraigo lo que sigue de su libro: «Lo gitano, una cultura "folk" desconocida»:... la relación entre los gitanos es siempre personal y tiende con fuerza hacia la comunión. Al decir relación personal se excluyen las relaciones de tipo cobrador de seguros con el cliente, del usuario con el cobrador de autobús, el empresario con el subalterno, el técnico con el operario... Son estas relaciones entre personas, pero no lo son en cuanto personas, sino en cuanto funciones, utilidades y aun objetos de la vida ciudadana. No es menos cierto que pueden cargarse de humanidad, y los que en ella están implicados saben apreciar esta carga, pero no diremos que son relaciones personales... y hasta se me permitiría excluir de esta categoría a muchas de las relaciones existentes entre personas de un mismo pueblo y aun de un

mismo vecindario, cuando se conocen y reconocen por su actividad pública. Su presencia va siempre cargada de los decorados con que aparece en la escena pública, y entramos en contacto con aquella persona a través de lo que representa... Cuando se intenta establecer una verdadera relación personal hay siempre detrás una representación, y la comunión se gradúa a partir de los intereses de esa representación. No ocurre así con la relación de persona a persona en la intimidad, y de ésta relación hablamos cuando nos referimos a la comunidad gitana».

El cante, la música, el baile de los gitanos son el arte en estado salvaje, un lenguaje para un hombre incapaz de asumir diferentes máscaras, marginal, ausente de la Historia, ajeno al juego social. Para un hombre que es nuestro espejo porque nos devuelve nuestra imagen contraria. «... el sedentario ve a los gitanos como individuos peligrosamente libres... y se ve a sí mismo, en su ambiente, reducido a nivel de cosa, de forma que se siente aterrado y atraído a un tiempo. El gitano es su antítesis y su espejo al mismo tiempo. Algo así como su "doppelgänger salvaje"» («Le français et le racisme», Payot, 1965).

Estas palabras, escritas cinco siglos después de que los gitanos pisen el suelo de la Europa Occidental, testimonian la perseverante impermeabilidad que separa a los nómadas de los sedentarios, y reclaman de la Historia que nos ponga sobre la pista de la conflictiva identidad gitana, que nos explique por qué hoy, después de tantos años, las cosas continúan así. Sólo la Historia puede resolver el dilema. ¿Son los gitanos quienes han perseverado en su radical marginación, o la causa hay que buscarla en el inquebrantable rechazo de los pueblos europeos? ■ JOSE CARLOS AREVALO.

El salvoconducto de Alfonso V

Salvoconducto extendido por Alfonso V de Aragón a Thomas de Sabba el año 1431. Antes que este gitano, en la década anterior, se data la primera entrada de los gitanos en España, siempre por la frontera pirenaica. (Documento publicado por doña Amanda López de Meneses.)

«Thome de Sabba»: Alfonso por la gracia de Deu rey d'Aragó. Als molts amats nostres universes e sengles oficials deçà et dellà mar constituïts e a lurs lochtinents e a qualsevol capitans, patrons, nauers, comits, alguazirs sotsmis e altres oficials de naus e galeres armades de nostre stol presents e devenidors al qual o als quals les presents pervendran e presentades seran. Salut e dilecció. Com Thomas de Sabba, fill de Anthoni de Sabba, de les parts de India, lo qual es passat en aquestes parts de Ponent per cercar e visitar alguns santuaris, vais de present vers les parts de Roma. Et vullam per aco per vosaltres o algunes de vos no esser feta a aquell novitat, vexació o detenció alguna, a vosaltres e a cascan de vos, dehim e manam expresament e de certa sciencia, sots

incorrimet de nostra ira de indignació e pena de mil florins, que anant e stant per los lochs e terres de nostra senyoria, no li fassats vexació e inquietació alguna, ans lo lexets anar, star e passar liberament e segura, provehint-lo de algunes caritatives almoynes. Com sia persona mendicant e ne puixa altramant a la sua patria retornar. Dada en Barcelona, sots nostre segell secret, a VI dies de juny. En l'any de la nativitat de Nostre Senyor MCCCCXXXI. Rex Alfonsus.

(«Tomás de Sabba»: Alfonso por la gracia de Dios rey de Aragón, etc. A todos y cada uno de nuestros queridos oficiales constituidos aquende y allende el mar y a sus lugartenientes y a cualesquier capitanes, patrones, navieros, cómitres, alguaciles de navas y galeras

de nuestra flota, presentes y futuros al cual o a los cuales las presentes llegarán o serán presentadas. Salud y afecto. Como Tomás de Sabba, hijo de Antonio de Sabba, de la parte de la India, el cual ha pasado a estas partes de Poniente para visitar algunos santuarios, vaya presentemente hacia Roma. Y deseando por ello que ni por vosotros o alguno de vosotros se le haga alguna vejación o detención, a vosotros y a cada uno de vosotros decimos y mandamos expresamente y de ciencia cierta, so pena de mil florines y de incurrir en nuestra ira e indignación, que yendo o estando en los lugares y tierras de nuestra señoría, no lo vejéis ni inquietéis, antes lo dejéis ir, estar y pasar libremente y seguro, haciéndole algunas limosnas caritativas por ser mendicante y no poder regresar de otro modo a su patria. Dada en Barcelona, bajo nuestro sello secreto, a 6 de junio del año de la navidad de Nuestro Señor MCCCCXXXI. El Rey Alfonso.) ■

PROXIMO NUMERO:
LOS GITANOS (Y II):
LA ODISEA DEL NO SER